
JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Misterios de las noches y los días

Madrid, Alfaguara, 1992, 181 pp.

Los cuarenta breves relatos exponen un caso fantástico que contraviene la experiencia inmediata. A partir de una situación cotidiana y trivial, con frecuencia rutinaria, en un tiempo incierto –“un día, aquel otoño, pasaron los días de invierno, al día siguiente...”–, sin un nombre propio de lugar o de persona, con muy leve peripecia, poco a poco, se introducen los indicios inquietantes que culminan en una irrealidad prodigiosa, terrorífica, ilusa o alucinada. Hay, pues, dos situaciones contrastadas: la inicial y la terminal. La primera instalación es un marco de tiempo, de espacio y de actos habituales, referidos directamente con pocos apuntes y una vaga atmósfera de inquietud o desolación. Pero en este mundo de soledad, en ocasiones es un objeto el medio con el que se ejerce el prodigio de la transformación: un reloj, una camisa, un coche de caballos, el talismán de un anillo, una carta anónima... El protagonista experimenta una paulatina y tenaz atracción: la pesquisa, el arrebató o la tiranía de su obsesión lo conducen irremediabilmente a lo irreal. Es entonces cuando se revela la pasión fatal, el hechizo, la ilusión destructora, la pesadilla de una visión desvanecida o la aniquilación. Esta solución es muchas veces un descubrimiento o anagnórisis, que suele concretarse en estas marcas lingüísticas del último párrafo: un verbo de conocimiento –*entender, significar, pensar, proclamar, saber, presentir, pasar por su cabeza la idea de, ver con estupor, darse cuenta, preguntarse, etc.*–, y un sintagma resumidor del prodigio extraño, el amor fatal o el efecto romántico: *irreductible persistencia del amor, alma consternada, amor imposible, ángel solitario, figura fantasmal, placer inolvidable, figura inencontrable, impenetrables sombras de la noche, un largo viaje, ilusión nunca conseguida, inexplicable pesadilla, pasos conocidos, casa deshabitada,...*

Este libro de relatos es poemático y unitario. La evocación de ambientes mágicos, la pesquisa de lo irreal entreverado de pronto en lo cotidiano, lo misterioso e inquietante, el fatal ilusionismo de una experiencia sin retrocesos, la indagación romántica de sueños que desacreditan la lógica vulgar de lo inmediato, confieren al libro unidad de sentido. Pero no es menor la constancia constructiva. Los cuarenta relatos son otras tantas variaciones que orientan el sentido del libro hacia el encargo íntimo y atemporal, no al documental o historicista. Todos los cuentos son de extensión semejante, se titulan con artículo y nombre en singular, comienzan con tono frío, constan de uno o dos protagonistas, depuran la intriga, contienen la evocación lírica de ambientes y se atienen a una sutil economía de escritura para conseguir la brevedad intensificadora.

EDUARDO ALONSO

